

## C

# El auténtico concepto de redención

### 1. Para que seamos dioses

Efectivamente, la concepción originaria se nos ofrece mucho más rica que todo eso. Prescindamos ya de todo cuanto hasta aquí hemos visto del Dios bíblico: puro amor, perdón generoso, cordial participación en el gozo y el dolor del hombre... La redención misma reviste un carácter denso y positivo. El misterio de la pasión, tan difícil de asimilar para las primeras generaciones —siendo Jesús el enviado del Padre, ¿cómo es posible que fracase y sea cruelmente ajusticiado?—, reviste siempre un carácter positivo: respecto de los hombres, por supuesto; pero también respecto del Padre.

Esto resulta claro allí donde Jesús es considerado, igual que tantos profetas, como un mártir de la maldad de los hombres, pero a quien Dios, resucitándolo, le da la razón y lo reconoce como suyo (cf., por ejemplo, Hch 4,10; 2,22-24; 5,30-31; 10,40; Lc 13,31-33; 11,47.48.49ss). Aparece incluso allí donde, como en la tradición de Marcos, se habla de que «debía» padecer, pues lo que interesa es mostrar que su muerte no es absurda, sino que está asumida en los planes de Dios, que lo glorifica como «justo que sufre», precisamente por ser justo. Finalmente, aun en aquellas expresiones —presentes sobre todo en la teología más tardía— en que se habla de la

muerte de Jesús como «ofrenda» o «expiación», como «propiciación», «sacrificio» o «precio» por los pecados, no se piensa sino en que Dios mismo es quien realiza en Cristo todo eso para salvar al hombre: «Y todo eso es obra de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo... Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo, cancelando la deuda de los delitos humanos» (2 Cor 5,18-19).

Pero, sobre todo, es en la dinámica de fondo, en el movimiento global de la vida y la obra de Jesucristo, donde el sentido se hace presente en su plenitud. Pablo, con su tipología de los dos Adanes, hace resaltar los dos polos fundamentales: la situación de impotencia radical —*hamartía*— del hombre y la fuerza de Cristo, que con su muerte-resurrección transforma al hombre, potenciándolo por dentro hasta convertirlo en una «nueva creatura» (Gal 5,15; 2 Cor 5,17). Aquí abandonamos el plano de lo jurídico para introducirnos en la riqueza viva, en la realidad insondable en que consiste la salvación.

Ésta aparece como un gran movimiento que, saliendo de Dios, penetra en la dura y triste condición de la humanidad para liberarla de la angustia y la opresión. Así, en conjunto, se hace claro lo fundamental: si Dios crea al hombre, sabiendo que ello equivale a someterlo a la necesidad de su ser —es decir, a la limitación de la creatura, al dolor de la finitud, a la constante contradicción de la existencia—, es porque desde siempre lo concibe dentro de un proyecto más grande. El hombre no va a quedar abandonado a sí mismo: al crearlo, Dios en persona decidió entrar en su historia e, identificándose con él, elevarlo sobre sus propias posibilidades, abriéndole el camino «imposible» de la realización y la felicidad plenas.

La redención es, ante todo y sobre todo, la realización de este proyecto. Dios no quiere «cobrar» nada: quiere únicamente *dar*. Y da nada menos que a su Hijo, que se hace uno de nosotros; no se trata, pues, de que decida

hacer una especie de «turismo divino» por la tierra, sino que se identifica con nosotros y con nuestro destino. Entonces, sobre la tierra, empieza a existir algo que nunca podría el hombre haber soñado —los «precedentes» históricos no guardan con ello más que una muy superficial apariencia— y que va a ser capaz de romper la tremenda cadena de la impotencia humana. Por fin hay un *hombre* —hombre real y verdadero con todas las consecuencias, sometido a la condición humana en toda su impotencia, hecho «pecado» (= *hamartía*: 2 Cor 5,21)— que, al mismo tiempo, es *Dios* —es decir, que tiene fuerza para romper, *desde dentro* mismo de esa condición humana, nuestra impotencia, abriéndola a la posibilidad de una realización infinita.

Es aquí, en esta transformación ontológica y real —no en un pleito jurídico—, donde deberemos aplicar todo nuestro esfuerzo para «comprender» la salvación: romper una impotencia y no pagar una deuda; potenciar de cara a la realización plena y no levantar un castigo. Lo positivo es lo que marca la dirección primaria y fundamental de la salvación. A partir de ella, y no al revés, ha de entenderse todo lo demás. Eso es lo que descubre ya Pablo y lo que, desde Ireneo de Lyon —e incluso antes—, constituye la más profunda intuición teológica de la patrística. «Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios»: este pensamiento, con variantes de expresión, concreta uno de los núcleos más hondos de la teología patrística<sup>79</sup>.

## 2. Rompiendo desde dentro nuestra impotencia

¿Qué hay dentro de esa concepción, dentro de esa realidad? Entenderlo sería entender el misterio. Pero sí debemos intentar abrir nuestra comprensión en la justa dirección hacia donde apunta.

No se trata, desde luego, de una especie de cambio mágico por el que se truequen los papeles sin que, en el

fondo, algo se modifique. El cambio es real y profundísimo: al identificarse con el hombre, Cristo lo asoció a su destino. El hombre «se hace Dios», porque realmente se transforma y se sobrepasa a sí mismo, apropiándose el destino de Cristo.

Esto supone algo fundamental: todo lo que Cristo vive y todo lo que en Él sucede no vale solamente para Él, sino también para el hombre.

En el proceso de su vida individual, Cristo va transformando la condición humana total. Su vivir, desde dentro mismo de nuestra finitud y de nuestra impotencia, una vida de plena apertura a Dios y al hombre, una vida fraternal más allá del odio y del egoísmo, una vida absolutamente basada en el amor y llena de sentido a pesar de todo...: su vivir todo eso va simultáneamente haciendo posible que el hombre finito e impotente sea también capaz de vivirlo. En la vida de Cristo, es el hombre como tal, son todos los hombres, los que están recibiendo la capacidad real de vivir una vida no sometida ya al poder de la *hamartía*, del pecado. Por eso Cristo libera; por eso Cristo salva.

El íntimo mecanismo de esta salvación escapa, naturalmente, a nuestra comprensión, incluso a nuestra capacidad de expresión. Intuimos de lejos su posibilidad cuando consideramos que, al fin y al cabo, el Verbo está en la más íntima raíz de toda creación, dándole ser y consistencia; que de algún modo, misterioso pero realísimo, está desde siempre vinculado a nuestro destino; más aún, determinando nuestro destino, aunque no en la forma de la necesidad forzosa, sino en la de la capacitación que libera y personaliza.

En cualquier caso, lo que desde la revelación cristiana resulta claro *como hecho* es que en Cristo no se juega únicamente su destino, sino el de la humanidad entera. Nosotros, quizá, hablaríamos de Cristo como de un «universal concreto»: en este hombre concreto y singular está

de algún modo la totalidad de los hombres. San Ireneo hablaba de la «recapitulación»<sup>80</sup>: Cristo resume y re-assume en sí toda la creación, toda «la larga serie de los hombres».

En esta perspectiva todo resulta más claro, más auténtico y más real. El Hijo se hace hombre para salvar al hombre, es decir, para ayudarlo en la tarea de realizarse, para potenciar su impotencia, para realizar su esperanza y para llenar su capacidad de infinito. Y realiza esa salvación en su mismo hacerse hombre y vivir como tal. No hay lugar para el «como si», sino únicamente para el realismo de la «carne», que nace, crece, vive y muere; Cristo va siendo y realizando cada una de las dimensiones de la existencia humana; va pasando por todas sus situaciones fundamentales.

Entonces Jesús, al ser capaz de vencer la tentación (cf. Mt 4,1-11; Heb 4,15), en cada una de ellas rompe para siempre la prepotencia de la *hamartía*; ya no hay situación alguna en la que el hombre se sienta forzosamente vencido por el mal. Y, al ser capaz de ir realizándose a sí mismo en una existencia llena de amor y de sentido, creciendo «en saber, en estatura y en gracia» (Lc 2,52), le abre a cada hombre el camino de una siempre progresiva y plena realización (cf. Ef 4,13: «la madurez del adulto, el desarrollo pleno de Cristo»). Jesús, encerrándose sin reservas en nuestra condición, fue desatando, una a una, todas las impotencias; liberando, una a una, todas las posibilidades; y, mientras lo realizaba, fue haciendo posible que también nosotros lo realizáramos.

Ése es el sentido fundamental de la salvación. Nada hay casual ni «edificante». Si Cristo dejase de vivir alguna de las determinaciones fundamentales de la existencia humana, no sería hombre cabal, y nosotros no estaríamos redimidos del todo. *Quod non est assumptum non est redemptum*, dice un sapientísimo dicho patristico<sup>81</sup>. Los Padres lo pensaban en un sentido principalmente ontológico: si Cristo no hubiera asumido alguna parte, algún consti-

tutivo del hombre, esa parte no habría quedado redimida. Nosotros debemos pensarlo también dinámica e históricamente: la situación fundamental humana que no fuera de alguna manera vivida por Cristo no quedaría redimida; es decir, que el hombre no sería capaz de vivir esa situación venciendo el egoísmo, en una apertura total al amor.

Concretando se entenderá mejor. Si Jesús de Nazaret fuera un hombre asexuado, la vivencia humana de la sexualidad no estaría redimida: nosotros no seríamos capaces de vivir una sexualidad que, en definitiva, superase el egoísmo y fuese centro de amor entregado y personalizante. Si Jesús de Nazaret no hubiera vivido la experiencia del tiempo, la desproporción entre lo que se quiere y lo que se puede («he venido a traer fuego a la tierra, ¡y cómo quisiera que estuviera ya ardiendo!»: Lc 12,49), nosotros no podríamos integrar definitivamente la «angustia de la temporalidad» (M. Heidegger<sup>82</sup>) ni el «terror de la historia» (M. Eliade<sup>83</sup>). Si Jesús de Nazaret no hubiera muerto, nosotros no podríamos morir convirtiendo la muerte en un acto lleno de sentido.

\*  
\*\*

*«Para eso, en efecto, el Verbo se hizo hombre y el Hijo de Dios se convirtió en hijo del hombre: para que quien se une al Verbo de Dios y acepta la adopción, se convierta en hijo de Dios. Nosotros no habríamos podido en modo alguno alcanzar la incorrupción y la inmortalidad sino unidos a la Incorrupción y a la Inmortalidad. ¿Y cómo habríamos podido unirnos a la Incorrupción y a la Inmortalidad, si antes ella no se hubiera hecho lo que nosotros somos, a fin de que lo corruptible quedara absorbido por la incorrupción, y lo mortal por la inmortalidad, de modo que recibiéramos la adopción de hijos?»*

SAN IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, III, 19, 1.

*«Con treinta años, la edad perfecta, vino al bautismo, y para ser maestro vino a Jerusalén, a fin de oír el merecido*

‘¡Maestro!’ . No era diverso de como aparecía, como afirman aquellos que lo consideran pura apariencia; aparecía como lo que realmente era. Así pues, siendo verdadero maestro, tenía la edad, sin renegar de la humanidad ni sobrepasarla, sin transgredir en sí mismo la ley del género humano, sino que santificó todas las edades mediante la semejanza consigo mismo.

Vino, en efecto, para salvar a todos mediante su persona: todos aquellos, digo, que mediante Él renacen en Dios: bebés y niños, muchachos, jóvenes y viejos. Pasó por todas las edades, hecho bebé con los bebés, para santificarlos; niño con los niños, para santificar a los que tenían esta edad, convirtiéndose para ellos en modelo de piedad, justicia y obediencia; con los jóvenes se hizo joven, haciéndose ejemplo para ellos y consagrándolos al Señor. Igualmente con los viejos se hizo viejo, para que se le pueda llamar maestro perfecto en todo; no sólo porque exponía la verdad, sino también porque santificaba de acuerdo con la verdad de cada cual; y, de paso, fue ejemplo para los viejos. Y, finalmente, llegó hasta la muerte, para poder ser llamado primogénito de los muertos, Él, que tiene la primacía de todas las cosas y que es caudillo de la vida, anterior a todos y primero de todos»

Id., *Ibid.*, II, 22, 4.

\*  
\*\*

Esta última afirmación hace aparecer, de un modo inesperado, un tema fundamental: el de la muerte de Jesús. Modo inesperado, pero muy importante para una comprensión concreta. Pues resulta claro que el *modo de la muerte* de Jesús ha polarizado tanto la atención que apenas dejó lugar para considerar algo que es su presupuesto y, en cierto modo, más fundamental que éste: el *hecho de la muerte*. Según lo que acabamos de decir, Cristo pudo redimirnos sin morir *en la cruz*, pero no sin *morir*. Esto merece consideración aparte, pues permite comprender mejor tanto la *muerte* como la *cruz*, evitando que un aspecto eclipse al otro.